

# La democracia como gestión de la incertidumbre

## Manuel Cruz

Facultad de Filosofía, Universidad de Barcelona

### 1. PRIMERA APROXIMACIÓN A LA COSA.

Vayamos paso a paso. ¿Cuál podría ser una inicial aproximación a la definición de democracia que nos permitiera echar a andar? Tal vez le podríamos dar la vuelta a la famosa máxima de Winston Churchill (ya saben, «la democracia es el peor sistema de gobierno, a excepción de todos los demás»), afirmando que la democracia es la mejor manera que hasta ahora hemos sido capaces de concebir para vivir juntos, teniendo como horizonte un ideal compartido de vida buena. ¿En qué pone el acento esta otra definición, a diferencia de la de Churchill? En que mientras la del *ex premier* británico colocaba el acento sobre la forma de gobierno (Kelsen venía a decir poco más o menos lo mismo cuando afirmaba que no hay más democracia posible —en el sentido de efectiva— que la democracia representativa), la nuestra intenta poner el acento sobre la naturaleza del vínculo entre los individuos. Pues bien, detengámonos un momento, para intentar entender mejor la naturaleza de dicho vínculo, en dos dimensiones fundamentales del mismo, la dimensión social y la dimensión histórica.

Por lo que hace a la dimensión social, valdrá la pena insistir en ella, precisamente porque vivimos tiempos de individualismo rampante. Por supuesto que los demás nunca están de más. Los demás, los otros, nos constituyen: son como el aire de la paloma kantiana. Porque en primera instancia somos seres sociales, no individuales. Y aunque, como

señala Harmut Rosa, «pueden encontrarse procesos de individualización, diferenciación y racionalización en tiempos históricos anteriores o en lugares remotos del mundo cuyas formas de vida generalmente *no* son clasificadas como modernas»<sup>1</sup>, lo cierto es que una de las emociones más ancestrales del ser humano es la pertenencia al grupo. Esto, más allá de constituir una afirmación genérica o de principio, se hace visible, sale a la superficie de nuestras vidas, cuando, a través de grupos, asociaciones, partidos, etc. buscamos la seguridad del grupo, el cobijo de aquellos que consideramos *los nuestros*.

Pero hay también niveles más profundos en los que se hace patente hasta que punto son los otros los que, no solo nos constituyen, sino que nos trasladan la noticia de cuál es nuestra identidad. Queda claro, por tanto, que necesitamos a los demás, que se trata de vivir juntos. Pero —vale la pena dejarlo dicho cuanto antes— no de cualquier manera. Porque no se trata en ningún caso, quede claro, de hacer una mera apología vacía, abstracta, del mero hecho de vivir juntos (como si fuera indiferente vivir tutelados por un ideal de vida buena compartido que hacerlo sencillamente amontonados, por no decir esclavizados). La advertencia es pertinente porque constituye un hecho más que certificado que en muchas

40

1 En el libro, escrito al alimón con Andreas Reckwitz, *Tardomodernidad en crisis*, Barcelona, NED, 2022, pág. 152.

ocasiones la vida en común, la realidad de vivir juntos en cuanto tal, es fuente de problemas.

De la misma manera, también en el nivel más profundo de la constitución de la identidad a la que nos acabamos de referir, pueden darse lo que bien merecerían denominarse como patologías del reconocimiento: bastaría con pensar en ese uso de las redes sociales como productoras, no de comunidad, sino de un narcisismo que en ocasiones puede rozar lo enfermizo.

Pero el ser humano, además de ser social, es también ser histórico, lo cual, aplicado a este caso, significa que (parafraseando por enésima vez a Aristóteles) la manera de vivir juntos y, por tanto, el ideal de vida buena, va evolucionando con los tiempos. Ahora bien, al añadir la determinación histórica, ilustrada a través de la idea de la evolución de las necesidades básicas, ya estamos introduciendo otro elemento, el de la falibilidad. En efecto, vamos creando y produciendo nuevas realidades que nos interpelan, que nos obligan a darles respuesta, lo que a su vez nos hace ser de otra manera, en un constante e inacabable ejercicio *autopoietico*.

41 Esto vale para las distintas dimensiones de nuestra realidad, de la más personal a la más institucional. Y si no queremos perder de vista el hilo argumentativo de la democracia, habrá que añadir que esta tampoco deja de evolucionar. En ese sentido, la caracterización de la misma en términos de *work in progress* no constituye una afirmación genérica ni, menos aún, un *flatus vocis*. Si tuviéramos que servirnos de un símil para describir dicho proceso evolutivo de la democracia, podríamos utilizar el del traje o vestido con el que se recubre el cuerpo social para protegerse de las inclemencias externas e internas. Pero el cuerpo de la sociedad se va transformando con el paso del tiempo y los antiguos ropajes no se adaptan a las nuevas formas, lo que obliga a constantes arreglos.

Es en este punto en el que la referencia a la falibilidad resulta ineludible. Porque nada garantiza que el sastre o la modista a la que se le han encargado los arreglos vaya a acertar con los mismos. Ambos se pueden equivocar, incluso estando animados de las mejores intenciones. Si abandonamos el símil y regresamos a la realidad, la cosa se podría plantear en estos términos: admitir —pongamos por caso, en el debate público— la existencia de un problema no implica que nos vayamos a poner de acuerdo en la primera solución que se proponga. Planteando algo rotundamente el asunto podríamos afirmar que los problemas, cuando están bien planteados, no son de derechas ni de izquierdas. Lo que son de derechas o de izquierdas son las soluciones que se ofrecen.

En todo caso, lo que importa resaltar en este punto es que la dimensión agónica de la política en democracia resulta ineludible, debido a la naturaleza misma de la sociedad, que está lejos de ser algo homogéneo y armónico. Hasta el punto de que, como se sabe, autores ha habido que han entendido que es la historia humana por entero la que se mueve a golpes de antagonismo (una de sus variantes sería la lucha de clases, considerada por Marx el auténtico motor de la historia).<sup>2</sup> Era este convencimiento el que llevaba a Arthur Rosenberg a afirmar que «históricamente, la democracia no existe como cosa en sí misma, como abstracción formal. Al contrario, la democracia es un movimiento político concreto, impulsado por fuerzas sociales y clases que luchan por objetivos particulares».

Pero probablemente por eso, porque «la

2 Otra variante, más filosófica, es la expresada por el filósofo checo Jan Patočka al escribir: «El espíritu de la *polis* es el espíritu de la unidad en la discordia, en la lucha. No es posible ser ciudadano (*polites*) de otro modo que en la comunidad de unos con otros. Esta misma discordia es la que crea la tensión, el tono de la vida de la comunidad», en Jan Patočka, *Ensayos heréticos sobre filosofía de la historia*, Madrid, Encuentro, 2016, págs. 78—79.

**«La dimensión agónica de la política en democracia resulta ineludible, debido a la naturaleza misma de la sociedad, que está lejos de ser algo homogéneo y armónico.»**

historia no se mueve linealmente ni progresa de forma constante sino que, por el contrario, en cada etapa existen múltiples opciones y conviven realidades muy distintas» por lo que la democracia, en la medida en que ha sido diseñada para acoger la pluralidad de perspectivas que coexisten en la sociedad, sea la forma más adecuada y satisfactoria de organizar la vida en común.

## **2. LA DEMOCRACIA COMO LA MEJOR MANERA DE VIVIR JUNTOS.**

Ahora bien, alguien podría considerar que tales afirmaciones contrastan con el hecho de que, por lo que escuchamos a diario, la democracia se encuentra en peligro, amenazada por totalitarismos y populismos de diverso signo que parecen proliferar por doquier. A este respecto, lo primero que habría que decir es que dicho peligro parece por completo real, a la vista del retroceso que se viene produciendo en los últimos años, no solo en el número de países formalmente democráticos, sino en la valoración que tienden a hacer los ciudadanos de su sistema político en aquellos que aún lo son. Pero ello que no significa que las interpretaciones que suelen hacerse de dicha situación resulten igualmente satisfactorias.

43

Tal vez sea el hecho de colocar el foco de la atención sobre todos esos líderes que hacen gala de un desprecio casi absoluto a las formalidades de la democracia lo que puede provocar que el análisis no aborde las cuestiones que más nos deberían importar. La personalización de la crítica, presentando a tales líderes como personajes extravagantes, cuando no enloquecidos (Trump sería el epítome de todo ello), no ayuda a comprender lo que está pasando. Por descontado que su propuesta de obviar las mediaciones representadas por los partidos políticos clásicos persigue institucionalizar una presunta relación directa con los ciudadanos que, al final y en la práctica, con el imbatible eslogan «devolvamos la voz a los ciudadanos», «devolvamos la voz a los militantes» o cualquier otro

semejante, terminan desembocando de manera indefectible en hiperliderazgos y en voladura de todos los mecanismos de control. De estos planteamientos, presentados indefectiblemente por sus promotores como reivindicación de un orden democrático más libre, por menos mediatizado, se podría predicar aquello que ya señalara Rousseau: los ingleses se creen libres y se equivocan, porque sólo lo son en el momento de votar; su voluntad política quedaba después enajenada

Como es obvio, tales promotores se acogen a la coartada de que sus planteamientos no buscan en modo alguno acabar con la democracia sino hacerla, además de más libre (de las ataduras de los mediadores), mucho más ágil y eficiente. Y es que, paradójicamente, todos los ataques que ha recibido la democracia en los últimos tiempos se han planteado en nombre de la democracia. Así, entre nosotros, el ataque representado por el *procés* en Cataluña a lo largo de la segunda década del presente siglo utilizaba la consigna «aixó va de democracia».

Pero precisamente por ello, se impone no quedarse en la superficie de la particular idiosincrasia de determinados líderes y ahondar al más en la cuestión. Cosa que se puede plantear de muy diversas maneras pero que ahora, a efectos de economía expositiva propongo hacer a través de una doble pregunta. Por un lado, y habida cuenta de la paradoja que se acaba de señalar, la pregunta de ¿qué es, concretamente, lo que hay que defender cuando convocamos a defender la democracia? Y, por otro, y tal vez sobre todo, la de ¿de qué se sirven quienes quieren dañar a la democracia? Quizá si fuéramos capaces de determinar esto último con una cierta precisión, estaríamos en mejores condiciones, teóricas y prácticas, para abordar resolutivamente un asunto de tamaña envergadura. Adelanto la que, a mi entender, constituye la respuesta más pertinente: los enemigos de la democracia, sea cuales sean los ropajes con los que se revistan y las consignas que manejen, persiguen

partir el espinazo deliberativo—racional que constituye la sustancia última del sistema democrático.

De ahí la coincidencia entre todos ellos en dinamitar la compleja arquitectura formal que define a toda democracia. Así, la separación de poderes, lejos de ser entendida como un mecanismo que, entre otras cosas, permite al sistema protegerse de hipotéticas extralimitaciones por parte del ejecutivo en el ejercicio del poder, tiende a ser entendida como una intrusión ilegítima en las tareas de este.

Análogo rechazo —menos vehemente, desde luego— acostumbran a dedicar a todos esos procedimientos e instancias que están presentes en la formación de las leyes, algunos incluso anteriores a que sean tomadas en consideración por el poder legislativo. Me refiero a los dictámenes del Consejo de Estado, al Consejo General del Poder Judicial u otros órganos independientes e, incluso, a los informes de los letrados de las cámaras. En el fondo, nada tiene de extraño tal rechazo por parte de estos críticos de los procedimientos formales, habida cuenta del que dedican al propio poder legislativo. No descubro nada nuevo, soy consciente. Es más, reincido en un lugar común si señalo que, desde hace ya un tiempo, este último está sufriendo un proceso de degradación imparable.

Tanto el abuso del decreto ley como las tramitaciones auña de caballo (llámesele procedimientos de urgencia, rechazo a cualquier enmienda o transacción o como se prefiera) transparentan una concepción de las leyes como mandatos del ejecutivo, y de las cámaras como los lugares donde las mayorías parlamentarias convalidan las instrucciones de los gobiernos. ¿Qué se está obviando con tales maneras de proceder? Un elemento absolutamente consustancial a la democracia como es el de la deliberación pública. El argumento de que un gobierno es democrático porque es el resultado del ejercicio de la soberanía popular a través del voto en unas elecciones, obvia algo

inesquivable, y es que la democracia no se agota en el momento de la decisión sino que ha de ser también deliberación y debate antes de adoptar acuerdos o consensos. En definitiva: toda la compleja arquitectura formal de la democracia se encuentra al servicio de esta ineludible y constituyente dimensión deliberativa.

Pero el razonamiento no puede quedarse aquí. La dimensión deliberativa que venimos comentando no constituye un mero ejercicio autocomplaciente —síntoma, indicio o expresión de una presunta superioridad intelectual por parte de quienes la reivindican—, sino que se encuentra al servicio de la materialización de los valores—marco, de los valores fundacionales de la democracia moderna, que precisamente porque es argumentativa y racional, es ilustrada. La reivindicación de la racionalidad no se hace, pues, en tanto que valor abstracto, sino porque es pieza fundamental para organizar la vida en común. De ahí que podamos afirmar que quienes quieren dañar a la democracia se sirven en gran medida de la desactivación de la razón. No ya solo desde el punto de vista formal, intentando neutralizar, como acabamos de ver, los mecanismos y estructuras que garantizaban la dimensión deliberativa—argumentativa de la democracia sino también, desde el punto de vista del contenido, desdeñando el valor de lo racional en beneficio de lo emotivo—sentimental, como prueba bien a las claras el resurgimiento de los identitarismos de variado pelaje.

No pretendo reabrir ahora un debate que podría enredarnos en cuestiones ciertamente importantes pero que nos alejarían del camino que pretendo seguir. Se me permitirá que señale tan solo una cosa, formulada en términos de pregunta, algo retórica, lo reconozco. Los avances (por no decir progresos) en la historia de la humanidad, por ejemplo, los que vienen representados por una ampliación de derechos o la generalización de estructuras democráticas ¿se han producido porque hemos conseguido embridar

nuestras emociones y encauzarlas hacia objetivos racionalmente deseables o porque hemos dado rienda suelta a las mismas?

Los tres valores sobre los que se erigen las democracias modernas (libertad, igualdad, fraternidad) son indisociables, y ahí radica su superioridad. No vale solo reivindicar uno de ellos, porque una democracia —vamos a llamarla así— unilateral no es democracia, aunque pretenda definirse como tal. Es más, ni siquiera cada uno de sus valores alcanza su plenitud sin la articulación con los demás. La libertad sin igualdad no puede ser nunca plena, como ya nos advirtiera ese gran liberal que fue Isaiah Berlin al distinguir entre libertad negativa y positiva.

Por otra parte, de la presunta igualdad sin libertad ya conocemos demasiadas experiencias históricas (que también se reclamaban del rubro democracia, solo que en este caso con la determinación, bien presunta por cierto, de *popular*) como para necesitar demasiados desarrollos ni explicaciones, al margen de que la pretensión de soslayar un rasgo rigurosamente insoslayable del ser humano como es su libertad supone un severo ataque a su dignidad.

45 Sin olvidarnos de la fraternidad, claro está. A diferencia de la libertad y de la igualdad, que en gran medida pueden venir garantizadas por el Estado, la fraternidad necesita, en una proporción mayor, el concurso de los propios ciudadanos. Lo que no significa, claro está, que se deba desdeñar su ineludible dimensión política. Yo mismo he afirmado en más de una ocasión que el federalismo constituye la forma política de la fraternidad. Pero eso no quita para que haya otras dimensiones de la misma que solo pueden ser activadas desde la esfera individual.

### 3. UN EXIGENTE HORIZONTE DE VALORES.

Pero esta observación, lejos de constituir en modo alguno una impugnación

de la democracia, nos está indicando la perspectiva en la que nos conviene interpretarla. En realidad, dicha perspectiva se empezó a mostrar desde el primer momento, cuando nos referimos a los valores de la democracia como un horizonte al que tender, no como una premisa o un punto de partida con el que se puede contar desde un buen principio. La grandeza de la democracia como la mejor manera que hemos sido capaces de construir para vivir juntos, según la definimos desde un buen principio, es, al propio tiempo, su principal debilidad. Algunos teóricos del derecho como Böckenförde (gran constitucionalista alemán de la segunda mitad de siglo pasado, recientemente fallecido y que, junto a Kelsen y Schmitt, pensó en profundidad acerca de la tríada Estado—Constitución—Democracia) han formulado esto diciendo que las democracias no pueden crear las condiciones para su supervivencia y su éxito.

La democracia es frágil porque son diversos los frentes desde los que la democracia puede ser dañada, según cual de tres valores fundacionales se pretenda poner en cuestión. Aunque, por supuesto, no se está diciendo que todos posean la misma importancia. Acabamos de aludir al de la fraternidad, susceptible de atacada por los comportamientos individuales egoístas e insolidarios. Pero, sin duda, hay que hablar de otro tipo de determinaciones, que son las que afectan, de manera fundamental, al devenir de lo real. Lo económico, ciertamente, sigue siendo un elemento primordial para explicar lo que pasa, especialmente en lo que se refiere a la pretensión de materializar el valor de la igualdad.

Así, en su libro *Making Capitalism Fit for Society*,<sup>3</sup> traducido al italiano con el atinado título de *Quanto capitalismo può sopportare la società* (título que bien podría haber sido también *Cuánto capitalismo puede soportar la democracia*)

3 Colin Crouch, *Making Capitalism Fit for Society*, Cambridge (UK), Polity Press, 2013.

el sociólogo y politólogo inglés Colin Crouch deja claro cuál es uno de nuestros mayores problemas a este respecto: la contradicción cada vez más aguda entre la lógica de un capitalismo depredador y el funcionamiento de una democracia constitucional comprometida con las clases trabajadoras, con la ciudadanía. El Estado Social asumía la contradicción y la hacía productiva: el principio democrático debía organizar nuestra sociedad creando las condiciones materiales para que la libertad y la igualdad fuesen reales y efectivas. La soberanía popular no era un añadido formal o un requisito simbólico sino un programa para domar a los «poderes salvajes» del capitalismo y garantizar la justicia social.

Pero precisamente por ello, porque no se trata en absoluto de problemas menores (ni de enemigos pequeños) no basta con la mera reivindicación de la democracia como un entramado bienintencionado de procedimientos. De ahí que en alguna ocasión me haya atrevido a afirmar, parafraseando —respetuosamente— a Wittgenstein, que la democracia no es solo una caja de herramientas: es también una caja de valores.

Y por si hace falta dejarlo claro, ya en la recta final del presente texto: unos valores que urge materializar. Permítanme que lo formule así, con una cierta rotundidad: durante demasiado tiempo tendimos a entender la democracia como una condición de posibilidad para la materialización de los grandes relatos (de emancipación), sin darnos cuenta de que ella era ya uno, solo que parcialmente alcanzado. Ahora, que amenaza con escapársenos, estamos en condiciones de reconocerle su carácter emancipatorio, tanto tiempo minusvalorado.

La propia democracia nos indica ya el camino por emprender. Porque, si aceptamos el planteamiento del antes citado profesor Böckenförde, la legitimidad democrática de la ley no proviene sólo del órgano que la aprueba —es decir, el Parlamento—, sino también del proceso

participativo mediante el cual la ley ha sido elaborada atendiendo a la voz y al voto de los distintos grupos parlamentarios, *así como al debate, crítico y argumentado, suscitado en la opinión pública.*

Prácticamente todo lo contrario a lo que pretenden todos aquellos que en los últimos tiempos vienen poniendo en serio riesgo de supervivencia a la democracia, a base, como dijimos, de romperle el espinazo deliberativo—racional y, en su lugar, agitar el siempre confuso fondo de las emociones. Ahora bien, si desde el principio se dijo que una de las características del filósofo es su gusto por el matiz, habrá que convertir la descripción en precepto y reconocer que en ocasiones la apelación a las emociones no siempre sirve para alejarnos de la razón, sino que opera como el más eficaz estímulo (por ejemplo, a través de la empatía) precisamente para que entremos en razón.

En el bien entendido de que entrar en razón no equivale a ingresar en ningún universo de certezas incontrovertibles (ni siquiera científicas). Por el contrario, como le gusta afirmar a Fernando Savater, el pensamiento filosófico no está diseñado para *salir de dudas* sino para *entrar en dudas*. Hace ya muchos años que el gran Blas de Otero escribió aquello, luego tan citado, de «Dios me libre de ver lo que está claro», dudoso privilegio este de dogmáticos y fanáticos, capaces de dar incluso la vida por sus cegadoras evidencias. La filosofía, por el contrario, tiene una peculiar manera de manejarse en medio de la oscuridad de los tiempos que nos ha tocado vivir (esos tiempos a los que pretendía aludir el título de mi intervención). De la articulación de ambas afirmaciones saldría una provisional indicación acerca de cómo hacerlo: *entrar en razón es entrar en dudas.* —

**«Los tres valores sobre los que se erigen las democracias modernas —libertad, igualdad, fraternidad— son indisociables, y ahí radica su superioridad. No vale solo reivindicar uno de ellos, porque una democracia —vamos a llamarla así— unilateral no es democracia, aunque pretenda definirse como tal.»**